

el Norte, á las lenguas hamíticas del Noroeste del Africa. De ellos, algunos, como el esik, el ibo y el yoruba, tienen en sus puntos principales gran semejanza con el bantú, siendo como éste idiomas prefijos. Siguen luego varios idiomas con carácter propio, como el ewe (Aschanti), el ga (Akra) y el odschi que Lepsius considera como grupo compacto que, habiendo salido del bantú, ha ido degenerando hasta llegar á ser un idioma sin forma. Las lenguas kru y vei se les parecen, al paso que el temne y el bullom de Sierra Leona se vuelven á acercar al bantú con sus prefijos nominales y sus clases de ideas. En los idiomas tan diferentes y extendidos de los wolof y de los fulbas, no faltan, al parecer, indicios que demuestran su afinidad con el bantú.

Entre los actuales negros no puede reconocerse muestra alguna de escritura de ninguna clase ni se han encontrado tampoco en su país huellas de una antigua escritura como las que aparecen entre los polinesios de las islas de Pascua. Desde este punto de vista, los negros del Océano Pacífico, los indios de la América del Norte, y los hiperbóreos con su escritura jeroglífica que les permite consignar los acontecimientos notables, están muy por encima de los negros africanos, entre los cuales sólo pueden comprobarse los rudimentos de la misma representados por maderos con muescas y por signos de propiedad. Los acreedores y los deudores suelen anotar por medio de incisiones hechas en un palo las unidades prestadas (pedazos de tela, por ejemplo): asimismo los comerciantes y los faquines acostumbran á consignar en sus bastones de viaje el número de veces que durante éste han pernoctado, marcando también por medio de ranuras mayores ó de diferente forma los acontecimientos importantes. Cuando en alguna parte crece una calabaza notablemente hermosa que promete llegar á ser un magnífico utensilio para el agua, el propietario se apresura á grabar en ella con su cuchillo un signo especial que ha de estar indudablemente en combinación con sus sentimientos supersticiosos. Sin embargo, la citada creación de una escritura para el idioma vei, inventada por los negros de esta tribu, demuestra que las dotes de los negros están también á la altura de este adelanto cuando á ello les mueven determinados impulsos.

CAPÍTULO VII

EL PAÍS CAFRE Y LOS CAFRES

«El territorio más favorecido de todo el Sud de Africa.»

Carácter de bancal de este país. — Abundancia de aguas. — Clima subtropical. — Riqueza de la flora. — Vigor corporal y energía espiritual de los cafres.

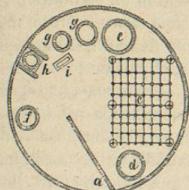
Al territorio más favorecido de toda el Africa meridional, que como un jardín se extiende entre la meseta del interior y el Océano Índico, lo denominamos concisamente país de los cafres, designando con este nombre el país montañoso y el país bajo de la parte oriental del Sud de Africa que va descendiendo hasta dicho Océano. Como fronteras septentrional y meridional pueden señalarse generalmente el Limpopo y el gran río de los Pescadores. Este país se divide, desde el punto de vista político, en Cafrería, Natal y Zululand: su superficie podrá tener unas 2,000 millas cuadradas. En la configuración del terreno prevalece en absoluto el carácter de bancal que se manifiesta por tres extensas gradas descendiendo desde las alturas hasta la costa: la primera la forma el territorio que podemos llamar cinturón de costas, de suave declive, y de 3 á 4 millas geográficas de anchura, bordeado de pantanos en la costa y poblado en el

interior de magníficos bosques, único ejemplar de vegetación verdaderamente tropical que existe en el Sud de Africa. Detrás de este cinturón tropical, álzase algunas colinas que, cortadas por escarpados valles, se elevan á una altura de 6 á 800 metros y conducen á la segunda grada, en la cual reina un clima templado y se extienden grandes praderas, llanuras naturales llenas de verdura, raras veces interrumpidas por matorrales ó por bosques. Sobre ésta, finalmente, se eleva la tercera grada con las verdaderas estribaciones de la cordillera oriental del Sud de Africa, cuyo eslabón principal lo constituyen los montes de Draken: esta tercera grada es un país alto, en parte muy poblado de bosques, y en forma de colina, cruzado también por extensos prados naturales, sobre los cuales se destacan la cordillera y la cima de las montañas Draken cubiertas de nieve durante el invierno. Esta ancha grada forma en algunos puntos una segunda grada, de suerte que á menudo oímos hablar de cuatro gradas en este territorio costanero que no tiene de ancho más de 30 millas alemanas, lo cual puede dar idea de la estrechez de esta comarca en forma de bancal. Naturalmente esta disposición en gradas no aparece igualmente marcada en toda la extensión (8° de latitud) de este territorio costanero, siendo más notable en el centro y en el Sud: hacia el Norte esta configuración desaparece en cierto modo a consecuencia de las ramificaciones de los montes Draken que se extienden así hacia el Este como hacia el Oeste, y en cuya estructura ven los geógrafos indígenas los dedos de una mano: el dedo meñique es el Tugela, el pulgar lo forma la estribación que acompaña al Umkomanzi, y el extremo del dedo medio descende desde el Umgeni hasta Port d'Urban. Más marcadas aparecen, sin embargo, al Norte las estribaciones de la cordillera que se dirigen á la costa, en donde los montes Lupompo están cortados por el Pongolo y otros afluentes del Daontu, que desemboca en la bahía de Delago, y habían de ser, en otro tiempo, atravesados por el ferro-carril proyectado desde el Lorenzo Marqués al Transvaal.

La dotación de aguas del país es tan grande, que Natal ha sido llamado el país de los doscientos ríos. Las corrientes son todas caudalosas y constantes y se dirigen rápidamente hacia la costa (la distancia media entre la cordillera y la costa no excede de 40 millas alemanas), mas por esta razón no tienen importancia alguna como vías de tráfico. De estos ríos, que en verano (noviembre hasta enero) tienen crecidas extraordinarias, los principales son: el Maontu que desemboca en la bahía de Delagoa; el Umvolosi que atraviesa el país de los zulús y que tan famoso es en la historia de éstos; el Tugela que sirve de frontera entre el Zululand y Natal; el Umgeni cerca del cual se encuentra Pieter-Maritzburg y en cuya desembocadura está el Puerto Natal (D'Urban); el Unzimvubu ó St. John's River en la frontera meridional de Natal; y por último el gran río de los Pescadores que en otro tiempo fué frontera entre la colonia y los cafres.

Por su clima pertenece todo este territorio á la región del monzón del Sudeste y tiene por consiguiente abundantes chubascos que le diferencian notablemente del resto del Sud de Africa, pues no sólo son importantes por su número, que alcanza 1200 milímetros en D'Urban, 900 en otros lugares de la costa y 1000 en Fort Napier (700 metros sobre el mar), sino que además ofrecen la particularidad de su distribución regular dentro del año. D'Urban tiene el minimum de lluvias en junio, julio y agosto, no obstante lo cual hay 12 días de lluvia con 70-80 milímetros; el maximum lo encontramos en diciembre y enero, durante cuyos meses hay de 35 á 40 días de lluvia con 500 milímetros. El calor, cuyo término

medio en Pieter Maritzburg (700 metros sobre el mar) es de 17° centígrados, está también regularmente distribuido, pues en los tres meses de invierno (desde junio hasta agosto) alcanza en dicho punto la temperatura media de 14° y en los tres de verano (desde diciembre hasta febrero) 23° centígrados. Este calor sólo mengua durante algunas noches. Por regla general, no nieva á una altura menor de 1200 metros. De manera que el clima de este país es un clima subtropical, cálido, en el cual la distribución de la humedad durante el año tiene sus períodos de lluvia y de sequía, por más que ésta no sea nunca absoluta. El clima es sano, excepción hecha de los terrenos bajos de la costa, en los cuales dominan las fiebres: la fertilidad del suelo aumenta de tal suerte, gracias á la acción combinada del calor y de la humedad, que en algunos terrenos privilegiados se consiguen hasta tres cosechas de cereales y de radícicolas. Por otro lado, las llanuras de las costas permiten aclimatar en ellas los cultivos tropicales.



Plano de una cabaña de Mubi (según H. Barth).

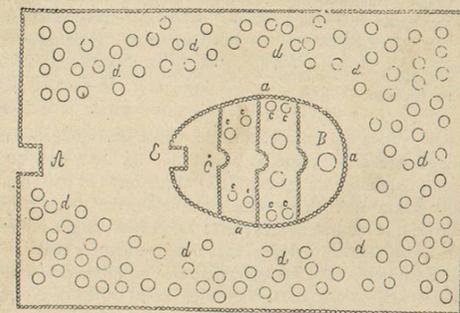
3 1/2 metros de diámetro.
a: Abertura que sirve de puerta y pared transversal. — b: Cama. — c y d: Urnas para el grano. — e: Urna para el agua. — f y g: Cucharas de arcilla. — h: Hogar. — i: Taburete.

Bajo la influencia de tales condiciones climatológicas, la flora de este país es más tropical que la de ningún otro territorio del Sud de Africa. Entre las montañas y el mar, hasta más allá de 30 grados al Sud, penetra como cuña una lengua de tierra en la que aparece la flora del Sudán. Cierta que preponderan en este país los pastos y los bosques en forma de parques de acacias, brezos y proteóideas, pero hay también, hasta los 32° de latitud Sud, algunas palmeras pequeñas y en las selvas de las costas no faltan árboles elevados, entre los cuales merecen citarse, por la utilidad que reportan, el ébano y la llamada madera de hierro, ambos de la familia de los árboles oleíferos, el fustete y sobre todo la verdadera acacia. Este último árbol es el más útil de cuantos se crían en el Sud de Africa, pues su goma sirve de medicina y en caso necesario de alimento, lo propio que su jugosa raíz. Las espigas de la acacia sirven de agujas, la corteza se emplea para curtir, y la madera es el combustible más usual gracias á la rapidez con que crece el árbol. Por último el ramaje cubierto de espigas es muy utilizado para la seguridad del kral y de los recintos en que se guarda el ganado. Entre los árboles y arbustos frutales indígenas, citaremos el grosellero del Cabo, una *Passiflora* que produce un fruto succulento en forma de huevo parecido á la grosella, el amatungulu ó ciruelo de Natal (*Aránniana grandiflora*) y la manzana kei (*Diospyros* = guyacana). También es indígena, al parecer, el moral. Los plátanos han sido considerados por algunos como indígenas, porque con frecuencia se les encuentra en estado silvestre: lo propio sucede con el tabaco. Finalmente el país de los cafres es uno de los que más producen la caña de azúcar, el arroz y el algodón.

Pero precisamente en medio de esta riqueza se nos ocurre una pregunta que importa formular para todo el Sud de Africa, para todos los sud-africanos. ¿Hasta qué punto son utilizadas todas las ventajas que este país ofrece? ¿Hasta dónde llegan los perjuicios que las malas circunstancias producen? En una palabra, ¿hasta qué punto el hombre se ha penetrado de estas condiciones naturales y es influido por ellas? A esto se podrá contestar que los bosquimanos y los

hotentotes pueden ser en más alto grado llamados hijos de esta naturaleza que todos los cafres, y que estos últimos, en muchos conceptos, producen la impresión de no haber vivido en estos territorios templados el tiempo suficiente para enlazarse íntimamente con los hilos de la acción de la naturaleza. Basta recordar lo incompleto de sus trajes, lo poco familiarizados que están con el mar, la falta de navegación y de pesca y lo imperfecto de su agricultura para sospechar que por lo menos los hombres de color oscuro de entre los sud-africanos probablemente — según ellos mismos refieren en sus tradiciones — inmigraron allí procedentes del Norte, en época que aun puede recordar la memoria, no habiéndose naturalizado todavía por completo.

El Africa meridional comprende una serie de pueblos negros que habitan en la parte oriental desde el Zambezé hasta la punta del Sud y que enumerados de Norte á Sud son: los swasis, los zulús, los pondos, los baktús, los tembús y los kosas. Hace 200 años que á todos se les designa con el nombre común de cafres, por más que ellos no se den esta denominación genérica. Estos pueblos no presentan diferencias muy marcadas con sus camaradas del Norte y del Oeste, con los cuales están en cierto modo unidos por medio de algunas tribus especiales del Zambezé y del Nyassa. Lingüística y etnográficamente tienen muchos puntos de analogía con los negros del Africa tropical; sin embargo, por diferencias de lugar, por la influencia de las condiciones naturales en que viven y por el contacto con los sud-africanos blancos y con los colonos del Sud de Africa de origen europeo, siéntense influidos de muy distinto modo que las tribus que habitan más hacia el ecuador. Desde el punto de vista corporal, pertenecen á las tribus negras más vigorosas; en sus dotes espirituales sobresale la energía que los coloca al lado de aquellos pueblos africanos conquistadores y creadores de Estados; su principal rasgo etnográfico consiste en que dedican toda su actividad á la cría de bueyes, de suerte que, sin por ello abandonar la agricultura, son principal-



Plano de una aldea fortificada, en Bihé (según Serpa Pinto)

A: Entrada. — B: Choza cuneiforme en donde residen los caudillos. — C: Trofeos de cráneos. — aaa: valla que cierra la vivienda del caudillo. — E: Entrada de la misma. — ecc: Choza de las mujeres del caudillo. — ddd: Choza del pueblo.

mente pastores: su vida y sus tendencias son las mismas que las de los pueblos pastores que desde el Nilo Azul hasta el río de los Pescadores, recorren las mesetas del Este de Africa. De esta apasionada inclinación á la vida pastoril derivan por un lado su fuerza corporal, que se alimenta de leche y de carne, y por otro el gran desenvolvimiento de las relaciones sociales que se basa en el bienestar conseguido por la posesión de los rebaños, el orgullo y el sentimiento de independencia de los poseedores, la disciplina social y política

de la muchedumbre dependiente, y la aptitud guerrera alcanzada en la vida libre del pastor y perfeccionada en la escuela de los príncipes aptos para dominar. Pero en cambio, por lo que hace á las artes de la vida sedentaria, desde la construcción de chozas hasta la confección de los trajes, están muy por debajo de las tribus del interior de Africa. La vida en un clima templado y en residencias en su mayor parte elevadas, que sin embargo abarcan los mejores territorios del Sud de Africa, y en los modernos tiempos el contacto con los colonos blancos, han contribuido á elevar el nivel de estos retoños de los pueblos negros de Africa. El contacto con los colonos blancos ha sido causa de repetidas luchas sangrientas, en las cuales los cafres han demostrado ser los más peligrosos enemigos que aquéllos pudieron encontrar entre los negros; pero en cambio ha extendido las ideas y las costumbres del cristianismo y de la civilización, aumentando en alto grado el bienestar. Así lo iremos viendo en los dos grupos en que esa población aparece, de cien años á esta parte, dividida, por la historia de sus relaciones con los europeos: esos grupos son, el de los zulús que habitan al Norte y en parte han conservado su independencia por haberse alejado de las fronteras de la colonia, y el de los llamados cafres del Sudeste que han perdido su independencia por haber sido políticamente dominados ó á lo menos cercados por los colonos del Sud de Africa.

CAPÍTULO VIII.

LOS ZULÚS (1)

«Estos indígenas consideran la guerra como la verdadera misión de su vida, y á este orden de ideas conforman sus ocupaciones diarias.»
G. Fritsch.

Residencia. — Origen é historia de los zulús. — Estructura corporal. — Traje y adornos. — Armas. — Viviendas. — Agricultura y ganadería. — Alimentación. — Actividad industrial. — Familia y Estado. — Matrimonio. — Manera de criar á los hijos. — Muerte y enterramiento. — Descripción de la vida de un zulú. — Monarquía. — Ceremonial. — El ejército y sus relaciones con las tribus y con el rey. — Aptitud guerrera. — Vida jurídica. — Sacerdocio y medicina. — Hechiceros. — Autobiografía de un hechicero. — Vida espiritual de los zulús. — Narraciones poéticas.

Cualquiera que, procedente del Oeste desciende de las mesetas del interior por las alturas que las circuyen y que llevan el nombre de montes de Draken, hasta el país bajo de la costa oriental, siéntese inmediatamente rodeado no sólo de una naturaleza más fuerte y más fértil, sino también por una población indígena más independiente y más activa. En número cada vez mayor, álzase en forma de colmenas los krales cuadrados y cercados de los cafres de Natal, que se reúnen constituyendo grupos: sus rebaños pacen en los prados que por todas partes se extienden y las figuras musculosas y á menudo arrogantes de los hombres de color que acuden para vender leña, de que por tanto tiempo se ha visto privado el viajero, ó para realizar cualquier otro negocio, completan aquel cuadro que forma marcado contraste con todo lo restante que encierra la colonia del Cabo tocante á la vida y movimiento de los indígenas. Si se penetra en el recinto de un kral, nótese en seguida que la raza que

(1) La palabra Zulú tal como viene escrita deriva de la escritura holandesa y de la inglesa, en las cuales la *z* es de pronunciación dulce, de suerte que propiamente debiera escribirse *sulú*. La palabra *ama* que á menudo precede á aquélla significa pueblo. La forma *sula* corresponde á los sintos, en cambio los cafres de Natal se llaman á sí mismos *sulú*. La palabra *sulu*, como *kosa*, *gaika*, etc., deriva del nombre de algún caudillo mítico.

lo habita no es del todo inactiva. El limpio tejido de sus cabañas en forma de colmenas y el orden con que una valla, perfectamente construída, circuye cada grupo, producen una impresión agradable; y aun cuando los habitantes vayan durante el rigor del verano casi desnudos, comprende el viajero que se encuentra entre hombres cuya vida parte de ciertas bases regulares en vez de vivir al día; los que le rodean son pastores que viven de una posesión segura y de su propio trabajo, no de la casualidad ni de los dones inseguros de la naturaleza. Tal es el país más poderoso, más fuerte y más duradero desde el punto de vista histórico, que hasta el día han fundado los cafres; el país de los zulús.

La idea de los zulús más antiguos se remonta á una época en que su pueblo, ó mejor dicho su reducida tribu, dominada por un caudillo Upunga, vivía en el Umvolosi. A un pasado más remoto pertenece un caudillo mítico denominado Zulú, que dió el nombre á su tribu. Existen entre ellos, como en otras tribus cafres del Este, tradiciones de una inmigración de ciertas comarcas situadas al Oeste ó al Noroeste hacia el interior; pero se remontan á una época á la que no alcanza su memoria. La serie de sus caudillos á partir de Upunga (en lugar del cual algunos citan á Umakeba) es la siguiente: su hijo Jama, el hijo de éste Senzangakona, el hijo de éste Tschaka, el hermano de éste Dingan, el hermano de éste Mpande (Panda) y el hijo de éste Ketschwäyo. En tiempo de Tschaka, hijo de Senzangakona, alcanzaron los zulús su apogeo histórico: era aquél un príncipe famoso por sus riquezas, y tenía de 25 á 30 mujeres y un número incalculable de hijos. La madre de Tschaka se dispuso con su marido, á quien la leyenda atribuye celos de su precoz hijo, y huyó al territorio de Dingiswayo, caudillo de los tetwas que eran vecinos de los zulús. Este caudillo puso á Tschaka bajo el amparo de uno de sus indunas y al morir su padre restituyóle cuando tenía 30 años, á su patria, en donde después de una lucha corta y afortunada, derrotó á su hermano, que se había apoderado del trono, y se hizo soberano. Poco tiempo después, una parte de los tetwas se unió á él y solicitó su auxilio contra otra tribu á la que Tschaka, al frente de los zulús y de los tetwas unidos, sometió rápidamente, anexionándola á su pueblo. Después de estos comienzos, prosiguió en esta senda y fué sojuzgando, una tras otra, las tribus vecinas, distribuyó los hombres aptos para las armas de estas tribus entre su ejército y las familias de las mismas por el país, sabiendo organizar y tener sujeto tan bien su creciente poder que al comenzar el año 1820 dominaba como soberano de todo el país comprendido entre el río Umzimvubu, actual frontera meridional de Natal, é Inhambane, y entre la costa y el corazón del Africa del Sud. En 1828, cuando estaba en el apogeo de su poder, sucumbió asesinado á causa de una conjuración á cuyo frente estaba su hermano Dingan, que le sucedió en el gobierno. Mal herido en su cabaña y á punto de expirar, parece que dirigió las siguientes palabras á sus hermanos, que aguardaban su fin: «¿Sois vosotros mis asesinos, hermanos míos, perros de mi casa que yo he alimentado? Esperáis ser reyes, pero no creáis que porque me habéis matado vosotros (vuestra línea) habeis de gobernar mucho tiempo. Yo os digo que oigo el ruido de los pasos del gran pueblo blanco y que vuestro país será por ellos pisado.» Y diciendo esto expiró, pero sus palabras fueron conservadas, como profecía, por los zulús en su memoria y en parte se han efectivamente confirmado.

En tiempo de Tschaka comenzó en grande escala la fundación de factorías de emigrantes europeos en la costa, cerca del actual Port d'Urban, que tan importante fué para el porvenir de Natal y de Zululand: en efecto, algu-

nos europeos y mestizos se juntaron en seguida con gran número de cafres, convirtiéndose en cafres ellos á su vez, por lo menos exteriormente, consiguiendo gran influencia durante el gobierno de Tschaka, algunas de cuyas reformas militares y otras pudieran muy bien contener en sus raíces ciertos elementos europeos. El mismo Dingan, á pesar de no ser tan accesible como Tschaka, no se sustrajo en absoluto á las influencias europeas, cuyo lado agradable pudo conocer perfectamente gracias á los comerciantes de Natal que, aunque lejos de su residencia, se encontraban bajo su amparo. No le faltaban ciertamente objetos para un comercio activo: las rapaces incursiones que sus guerreros hacían en todas partes traían rico botín á su kral, y algunas hordas suyas de cazadores de elefantes le proveían de marfil: todo el país desde la bahía de Delagoa hasta el Umzimvubu obedecía sus mandatos. Este estado de cosas sufrió un cambio trascendental, que había de ser decisivo para todo el poderío zulú, con la emigración de los boers que, á las órdenes de Retier, traspusieron en 1837 las montañas Draken y descendieron al territorio de Natal deseando conseguir por medio de amistosas negociaciones que Dingan les cediera un trozo de terreno. Así les fué concedido y ellos en cambio hicieron lo que le habían prometido, pero en 5 de febrero de 1838 hizo asesinar alevosamente en su palacio, á pretexto de que le robaban, al jefe de los boers y á 66 de sus mejores compañeros y pocos días después el campamento boer fué acometido por grandes fuerzas de zulús, quienes, sin embargo, no consiguieron asaltar el parapeto de los valientes emigrantes. Estos, después de haber recibido algunos refuerzos, marcharon, en abril siguiente, contra Dingan, pero hubieron de retroceder, no pudiendo obtener mejor éxito los ingleses de Natal que, al frente de algunos millares de cafres rebeldes, se dirigieron también contra Dingan. Su joven colonia de la costa fué destruída. Mas en diciembre del propio año los boers, dirigidos por Pretorius, batieron de tal suerte las fuerzas de Dingan que éste hubo de incendiar y abandonar su kral principal yendo á refugiarse á las selvas del Umvolosi: á fines del mismo año, los ingleses tomaron posesión de Natal. En 1840, el hermano de Dingan, Mpande, se pasó á los ingleses y, por éstos auxiliado, hizo sufrir á su hermano una derrota tan completa que de sus consecuencias no pudo nunca más volver á reponerse el poderío zulú. Los boers se apoderaron del territorio comprendido entre Umzimvubu y Umvolosi y nombraron á Mpande señor de los zulús, bien que reservándose una especie de soberanía. Dingan fué, poco después, asesinado por uno de los suyos. Las contiendas que sobre la dominación de Natal surgieron entre boers é ingleses afectaron, en un principio, muy poco á los zulús, pero cuando los ingleses quedaron dueños de aquel territorio, hubieron esos indígenas de sentir muy pronto su yugo. A pesar de esto no había que temer de ellos ataque alguno mientras viviera Mpande, sobre todo cuando sus hijos, en sus contiendas sobre quién había de suceder, encendieron una guerra civil que, después de espantosas devastaciones, terminó en 1856 saliendo triunfante Ketschwäyo. Habiéndose consultado á Mpande sobre esta guerra, parece que contestó que cuando dos gallos riñen lo mejor es dejarlos reñir. Siguiendo esta indirecta, cada uno de los príncipes juntó sus fuerzas y Mpande envió uno de sus mejores regimientos en auxilio de Umbelasi, quien pereció en la batalla decisiva que en 1856 se trabó en las orillas del Tugela.

Al morir Mpande en 1872, sucedióle Ketschwäyo, que hacía algunos años venía gobernando casi absolutamente en vida de su padre. Este príncipe, dotado de notables ap-

titudes, se mostró en un principio benévolo con los blancos, por más que ambicionase ardientemente sacudir su dominación. Pero cuando las leyes que contrariaban el espíritu de los zulús, que dejaron sentir su influencia en el Zululand, y á las cuales principalmente se acogieron los numerosos súbditos de Ketschwäyo que huían de la tiranía del príncipe zulú, cuando estas leyes — decimos — amenazaron la independencia del poder zulú, fuéronse haciendo cada vez más tirantes las relaciones entre Ketschwäyo y las autoridades de Natal: esta tirantez aumentó con las extralimitaciones de los mercaderes y de los colonos de la frontera y acabó por convertirse en una serie de violencias cometidas por Ketschwäyo contra las autoridades coloniales de Natal y contra algunos blancos y especialmente contra aquellos cafres que se habían acogido al amparo de los europeos. Ketschwäyo que en 1873 había hecho reconocer solemnemente su coronación por Inglaterra, se preparaba abiertamente para un conflicto, en previsión del cual aumentó en 1878 su ejército hasta 40,000 hombres y lo adiestró perfectamente en el sistema de guerra zulú. La disolución de este ejército y la entrega de unos perturbadores del orden que habían huido de Natal, fueron las exigencias que formuló Inglaterra en 1878 ante el príncipe zulú, y no habiendo éste accedido á ellas, salió en 1879 la expedición al través del Tugela. Los ingleses, á pesar de la desastrosa batalla de Isandlana y á pesar de todos los sucesivos descalabros, siguieron avanzando y en 28 de agosto hicieron prisionero á Ketschwäyo en la selva de Ngome, en el Umvolosi Negro. El príncipe fué llevado á la ciudad del Cabo y su territorio quedó dividido en 13 distritos puestos bajo la suprema dirección de un residente inglés. Este estado de cosas, sin embargo, no duró mucho tiempo, pues los caudillos no acostumbrados á obrar independientemente lucharon entre sí y debilitaron de tal suerte la nación que Inglaterra llegó á convencerse en 1882 de que era mejor entregar el país á un príncipe fuerte, único capaz de reducir y satisfacer á aquellos cafres, monárquicos de corazón. Este hecho no deja de ser muy importante, dado que bajo el amparo de un gobierno civilizado, se ha desarrollado en Natal un nuevo centro de población zulú. Hoy en día, Natal que tiene una extensión de 48,000 kilómetros cuadrados cuenta una población de 320,000 almas; de suerte que ésta es seis veces más densa que la de la colonia del Cabo y siete que la del Estado libre de Orange. Pero hay la particularidad, y esto es lo que hace temible esa cifra, de que sólo una décimasexta parte de esa población es de sangre blanca, pues la población cafre asciende á 300,000 almas y ocupa una posición especial y reconocida al lado de los blancos. Sus caudillos administran el país con poca consideración á las ideas europeas de derecho y de humanitarismo, de modo que la poligamia existe allí con carácter legal, y con ella está íntimamente enlazada la venta de mujeres y de muchachas para convertir las en esclavas. El cafre de Natal pleitea con el blanco ante el tribunal de éste y con los mismos derechos sin tener que pagar costas, pero las cuestiones que surgen entre los suyos las resuelve su propio juez, el caudillo, reservándose al magistrado blanco la sentencia en apelación, que ha de ser, empero, dictada según el derecho cafre. La única contribución que pagan los cafres es un exiguo derecho de cabaña, que ha sido elevado, en 1881, al doble de lo que antes era. Los terrenos propios de los cafres, en los cuales los blancos no pueden adquirir finca alguna ni establecerse sin consentimiento de aquéllos, ascienden á 2 millones de acres, en los cuales se crían 254,000 bueyes (por 145,000 que tienen los blancos). Los cafres sólo de mala